

MADRID  
núm. 9  
cert.

# El Baluarte

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7/50  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION  
Lagar núm. 5.

NÚM. 255

Sevilla—Miércoles 5 de Noviembre de 1902

AÑO XXVI

## A don Nicolás Salmerón

IV

En carta anterior indicamos que la actual dirección de la Unión republicana fué obra de usted.

Usted, en el famoso discurso que dió por terminados los trabajos de aquella asamblea, proclamó la jefatura de la minoría parlamentaria.

Se realizó la unión con los progresistas, se constituyó el Directorio actual y vino luego el meeting celebrado en Madrid en 1899, en el que tomamos una parte activa y directa para recabar la inteligencia de todos.

Se formó el Directorio después de largas conferencias y de haber renunciado el que escribe toda representación en aras de la mejor armonía. Consta que a usted y al entonces titulado jefe del progresismo se dió participación en aquel.

Hoy proclaman la dirección personal de usted, periódicos, comités, personalidades de fuste y de gran significación dentro del partido republicano.

Nosotros, que no somos partidarios de direcciones personales ni de jefaturas, pero que no nos oponemos a las corrientes de opinión y que reconocemos todos los prestigios personales, toda la autoridad y las dotes de usted como el primero de los hombres del partido republicano español, y que siempre pensamos por nuestra cuenta, sin influjos ni ingerencias extrañas, vamos a someter a la consideración de usted, y al juicio de todos los republicanos, algo que como suelto anda por algunos centros republicanos, y que acaso usted no ignora, porque sabiéndolo yo, que soy el último, parece natural que usted, que es el primero, no lo ignore.

Se dice que en el seno del Directorio se viene discutiendo hace ya tiempo la conveniencia de convocar una Asamblea general del partido republicano, pero que los buenos deseos de la mayoría de los elementos que componen aquel organismo directivo ha tropezado siempre con la amenaza de una disidencia, porque alguno de sus seno ha declarado que si este caso llegaba, la representación del partido progresista recabaría su libertad de acción y volvería a sus tiendas.

Si esto fuera cierto, es indudable que originaría algunas dificultades que es preciso vencer con voluntad firme. Y conste que para nosotros el partido progresista pasó a la historia hace siete años, y que los que se proponen galvanizar su cadáver son unas cuantas apreciables medianías que no quieren perder sus posiciones, pero ello es evidente y atractivo para la galería, que vive de espejismos y sueña con ciertas tradiciones revolucionarias que se llevó a la tumba quien con más nobles propósitos que buena fortuna la preconizó durante su larga y gloriosa vida, consagrada por entero a la aspiración de restaurar la República por los medios únicos compatibles con nuestra dignidad y con la situación de España.

Respetuosos con todas las tendencias, como puede haber, como hay seguramente antiguos progresistas de buena fé, como el Directorio merece nuestros respetos, aparte sus fracasos y su labor, menos mala de lo que parece, por haber luchado con adversa fortuna, tenemos que reconocer que algo representa y algo digno de los respetos de todos y de la consideración del partido republicano; por esto usted aconsejó a los republicanos de Almería que contaran con su cooperación para convocar la Asamblea.

Suponemos que ya la consulta se habrá hecho, porque el tiempo apremia y las circunstancias lo demandan, y el período de crisis suprema en que se halla el partido republicano es un apremio para proceder rápidamente.

Si el Directorio plantea el problema y los representantes progresistas se separan, insistiendo en su actitud, ¿vamos a retroceder en el camino emprendido?

Es necesario aclarar este punto importantísimo, caso que ciertas actitudes se confirmen y que algunos individuos del progresismo abrigen estas tendencias.

Por hoy no decimos más.

A. A.

## Murmuraciones

Como el Gobierno anda, ó gobierna, revuelto, todo está revuelto en este país.

Los rateros andan revueltos, porque ya no se circunscriben a robar nocturnamente, sino que lo hacen diurnamente también.

La clerecía acaba de sosegar-se después de haber andado de picos pardos por la Ciudad Eterna, á donde fué para ver al Papa eterno, mediante, je como es natural, el pago de la entrada.

Revueltos andan también los carteros de Madrid, cuyos propósitos relativos al descanso dominical han sido inoculados á los carteros de provincia, quienes también son hijos de Dios y súbditos de Rampolla, nuestro señor y cardenal; y, por tanto, también quieren lo mismo que quieren los carteros de Madrid.

Esto es: cobrar y no trabajar. Lo mismo que los carteros quisieramos todos los que no tenemos la fortuna de cobrar por meses, que llueva que ventee; pero, amigo, ¡no puede ser!

Revueltos andan los trenes que vienen á Sevilla, y, de manera especial el tren mixto de Madrid, que lleva ya un par de días cada semana recorriendo el camino del éstiló de Romáñones: cojeando.

Revueltos andan los fusionistas de esta localidad, cuyos señores, enjidos en autoridad *per se* y *per accidens*, dictaminan en los asuntos del partido sin contar con las voluntades ausentes.

Revueltos andan los señores concejales del Ayuntamiento de Sevilla, y, como ellos andan revueltos, revuelto traen el personal que está á sus órdenes.

Revuelta anda toda nuestra policía, la que ahora está dedicada, por orden superior, á *cachar* todas las noches á todas aquellas personas que les son antipáticas ó que les huelen mal.

Revueltos andan los elementos atmosféricos, otorgándonos la lluvia de otoño por secciones.

Y, por último, hasta las cenizas de Cristóbal Colón andan revueltas y no las dejan en paz entre unos y otros, bien seguros de que, cada vuelta que le den, proporciona algunos emolumentos.

El gran Almirante donó á España las Américas—por cierto que no eran suyas—y al través de los siglos sigue todavía donando bienes rendimientos á aquellos mismos que le premiaron sus servicios trayéndolo á España cargado de cadenas.

Y es claro que, en este remolino, donde todo anda dando volteretas, incluso el ministerio que, por obra de Sagasta y por la gracia de don Alfonso, nos gobierna, no ha de ser uno más firme que los demás, y también tiene revuelto el mago.

Prueba de ello fué el suicidio tanto que ayer ocurrió en Sevilla sin que se sepa hubiera otro motivo para ello que algunas copas de vino tomadas de más.

Y esto nos trae á sacar la consecuencia anterior: no se exime el vino de andar revuelto.

Otra prueba.

Los periódicos noticieros nos cuentan que ayer la Empresa del Alumbrado por gas se ha quejado al Ayuntamiento de que en una semana la han roto doscientos veintidos cristales de las farolas de las calles.

—¿Quién los ha roto?

Pues... las piedras; precisamente las piedras, las únicas que están exceptuadas por el actual ministro de Gracia y Justicia en su proyecto de difamación, porque, gracias á ellas—hablo por boca de Rodrigo Soriano—subieron los liberales al Poder... Y es que las piedras también andan revueltas.

Y de tal modo lo están, que el mismo señor Ministro de Gracia y Justicia, contestando en las Cortes á una pregunta hecha por un diputado que aseguró habian disparado un tiro á un tren, dijo (textual):

«El ministro de Gracia y Justicia dice que no fué un tiro lo que dispararon en Espeluy contra el tren, sino una piedra; y que ésta chocó con fuerza á causa de la velocidad del tren. (Gran des risas y rumores.)»

Es así, pues, que cualquiera que viaje en ferrocarril puede hacer la prueba y se convencerá del talento supino del Sr. Montilla.

Se asoma uno á la ventanilla, escupe, y... la saliba sale silbando.

Porque—según los experimentos de Montilla—la velocidad del objeto apedreado da fuerza al sujeto apedreador.

Como el proyecto sobre difamación del señor Montilla se apruebe, al ponerse en vigor, el primero que va á caer en las mallas de la ley es el inventor.

Por infamar ó por difamar al sentido común.

\*\*\*

La guerrera de Weyler se ha sacado á colación, con su historia y con sus hechos, en el Congreso español. Y el general, enfadado, yo creo que con razón, ha dicho que nadie tiene que meterse, por pudor, en que él se ponga la ropa que conserva en su cajón. ¡Ese Rodrigo Soriano no tiene perdón de Dios! Revolver los trapos sucios es de muy mala intención.

Ayer fué día de D. Carlos de Borbón y de Este y de D. Carlos Caserta.

Por uno ó por otro, ayer se hizo casi día de fiesta.

Con motivo de ser día del primero, dice un colega madrileño que los carlistas se reunieron para hacer votos por el pronto triunfo de la causa que defienden.

Pudieran ahorrar-se ese trabajo de hacer votos y dedicarse á hacer tomiza, que es más sencillo y cuesta menos, y es de más utilidad.

Y apropósito de los carlistas.

En un telegrama de *El Liberal* se dice lo siguiente:

«Es muy comentado un artículo que publica *El Correo Catalán*, insertando párrafos de una carta de un personaje del palacio de Lorédán, en la que se afirma que don Jaime no quiere casarse por ahora; apesar de las indicaciones de sus partidarios.

Dice el referido personaje, que de las princesas entre las que se podría don Jaime buscar novia, son unas protestantes, otras desean tratarle y conocerle antes de comprometerse, y otras no le gustan.»

Si ahora estuviera en vigor la ley sobre difamación no podría yo decir lo que voy á exponer. Y es:

Que yo he leído en letras de molde que el tal Jaime es impotente.

Y el artículo en que estaba consignado lo firmaba un carlista, que decía pestes del padre y del hijo... y del espíritu santo del carlismo.

Aquella aseveración no produjo en mí sino risa, y achaquélo á despecho de uno de los partidarios de D. Carlos.

Pero al leer la noticia anterior, en la que se consigna bien claramente que las princesas que están en estado de merecer quieren, antes de comprometerse, conocerle y tratarle, como si dijéramos, tantearlo... sospecho que lo dicho por el carlista aludido tiene un fondo de verdad.

Al menos, parece tenerlo. ¡Porque es mucha coincidencia!

El ministro de la Guerra, general Weyler, ha dicho en el Congreso que, si no acabó la guerra de Cuba, fué porque no lo dejaron.

¡Si lo dejaron... acaba con la guerra, con los cubanos y con los españoles!

Y se queda él solo en la Isla de Cuba con su guerrera histórica y sus históricas manchas.

Hasta que hubieran ido los yarkis.

Entonces... se hubiera venido hacia acá por orden del Gobierno.

Como hizo Blanco.

El Sr. Burgos, jefe de los conservadores consumidores de Huelva, ha dicho, teniendo á su derecha á D. Juan Mateo, capitán general de todas las Empresas de Consumos de la península:

«No es justo que se abofete la miseria del indigente. Hay que respetar los derechos inherentes á la personalidad humana. Tienen derecho á la vida; tienen derecho al amor como semejantes.»

Entonces, ¿por qué comercian ustedes con los Consumos?

¿Por amor á vuestros semejantes?

Señores, ¡qué país, qué paisaje y qué paisanaje!

CARRASQUILLA.

## Cosas varias

Cuentan que, en uno de los frecuentes viajes que hace el general Weyler á su finca de Villalobos, se descuidó un poco y llegó á la estación algunos minutos después de haber salido el tren que pensaba tomar.

—¡Voto al chápírol!—exclama.—¿Y quién se vuelve ya á casa?

Porque es el caso que la familia del general estaba en la finca; que era sábado, día en que acostumbra el ministro salir todas las semanas para pasar allí el domingo, y que de no verle

llegar su esposa é hijos, podrían sospechar algo desagradable. Acaso que una indisposición repentina le había impedido salir. Don Valeriano se puso á pasear mientras meditaba. Podía mandar que le pusieran un tren especial, declarando que era el ministro de la Guerra; pero esto daría motivo á la prensa para que censurara más y más los despilfarros. Era por aquellos días cuando se había publicado la cuenta que, con cargo al presupuesto, se había abonado por viajes de ministros á las Empresas ferroviarias. Podía pedir el tren especial como simple ciudadano, para pagarlo con dinero de su bolsillo; pero esto resultaba muy gravoso. Podía ir á cualquier punto de parada de coches y tomar uno; mas esto sería casi tan costoso como el tren especial. ¿Qué hace? El general se resolvió por ir á pie, aunque la distancia de la finca es enorme, confiando en que, si se sentía rendido por el cansancio, en la mitad del camino encontraría coche ó caballera que alquilar.

Ya en la carretera, se encontró con un carrero. Le saludó y entabló con él conversación.

—¿Es usted vecino de Madrid?—preguntó el general al carrero.

—No, señor—contestó éste.—Soy de la provincia de Toledo.

—¿Y de qué parte de la provincia?

—Soy de un pueblo que dista poco de la finca del ministro de la Guerra.

—Entonces, ¿conocerá usted la finca?—dijo éste.

—¡Oh, sí la conozco! Es una preciosidad.

No hay cosa como ser gobernante en España para poder tener esas fincas. Por lo que dicen, ese señor *Vailer*, á quien no conozco, tiene otras muchas fincas que valen más que ésta, y, sin embargo, viste como un pobre, y viaja algunas veces á pie, por no gastar dinero. ¡Habría miseria!

—Sí, eso se cuenta de él—replicó el ministro de la Guerra.—Pero ¿qué se dice respecto de su conducta como hombre público? ¿Se le juzga mal?

—Sobre esto no le puedo decir á usted más sino que hablan de él todo lo mal que es posible hablar de un gobernante. Porque éste tiene el precedente de haber sido el general que mandaba en Cuba cuando lo de la guerra. Y como entonces se mostraba insaciable de hombres, y aquí hay muchos labradores que no han vuelto á ver á los hijos que enviaron á la manigua, no le quiero decir á usted cómo le pondrán cuando se suscita esa conversación. Lo que hay es que en España se pasa pronto el coraje de la indignación y la gente se da por satisfecha con hablar ó con derramar lágrimas cuando se recuerda aquello. No hay energía para más.

En este punto de la conversación estaban, cuando el carrero, notando que su acompañante andaba con paso un tanto perezoso, le dijo:

—¿Quiere usted montar en el carr? Después de todo, mejor iremos sobre él que sobre nuestras piernas.

El general no se hizo rogar mucho.

Ya en el vehículo, reanudó sus preguntas el ministro de esta manera:

—¿Conque dice usted que del general Weyler se piensa y se habla mal en estos contornos?

—Hombre, yo creo—exclamó el carrero—que no será aquí solo. Que debe ser en toda España lo mismo, porque por donde quiera que he viajado, y recorro muchas leguas durante el año, he observado lo mismo. Pero ya le he dicho á usted lo que pasa: que se va el coraje ensucida. Como todos los gobernantes que se suceden son á cual peor, pues lo que resulta es que los últimos hacen olvidar á los otros. Quizá en cuanto deje el ministerio el general *Vailer* deje también la gente de hablar mal de él para preocuparse solo del daño que haga el que le sustituya. Pero ¡qué calamidad de *Vailer*! Pide los mismos hombres, ahora que no tenemos colonias ni hay guerras, que cuando ardía ésta y se quería conservar aquéllas. Yo estoy temblando que llegue el 1905, que es cuando mi hijo cumple los veinte años. Porque si siguen estas cosas no hay esperanza ni en un número alto ni en nada. De no dejar los seis mil reales, perder á hijo para tres ó cuatro años.

—¿Usted cree—objetó el general—que en cuanto deje Weyler el ministerio se le olvidará?

—Eso creo. Pero ¡qué diantre, si ese general

es de los no acostumbran estar sin mando un solo trimestre! Cuando no se le ve siendo una cosa, se le ve siendo otra; el caso es que siempre está en candelerio, con conservadores como con liberales.

Al llegar aquí, el carrero exclamó en tono de asombro:

—Pero lo que parece mentira es que después de lo ocurrido con las colonias todavía siga España sufriendo a los hombres que gobernaban entonces.

—¿Y cree usted—exclamó a su vez el general—que otros hombres lo harían mejor que los actuales?

—Pues ¿no lo he de creer, si tan mal como estos no habían de poderlo hacer otros aunque se lo propusieran? Además, los nuevos que vinieran, después de un trastorno tremendo, aunque fueran tan malos de condición como los que tenemos, no podrían serlo de hecho, porque la lección dada a los anteriores les serviría de ejemplo. Por otra parte, la confianza que depositaría en ellos el pueblo, cosa que ya no ocurre con los actuales, sería causa de que se pudieran hacer grandes cosas en lo clerical y en lo actual. ¿Quién es, dígame usted, el que hoy se aventura a nada y se lanza a grandes empresas con entusiasmo, sabiendo que los que gobiernan son unos farsantes que están protegiendo por bajo cuerda a frailes, a obispos y a patronos, al mismo tiempo que hablan de reformas en favor del obrero y de reformas de Concordato para reducir los conventos? Si esto continúa, España acabará por hundirse, créame usted a mí, buen amigo. ¿Usted cree que se puede soportar por muchos años la carga de un presupuesto que, según he leído en un periódico, es mucho mayor ahora que cuando había colonias? Esto dará un estallido, tiene que darlo cuando menos se crea; porque cuando el mayor número nos comamos los codos de hambre, y eso está ya ocurriendo a muchos, como lo demuestra lo que se cuenta de Andalucía y de Extremadura, habremos todos de convertirnos en leones, de mansos corderos que estamos siendo.

Esto acababa de decir el carrero cuando el vehículo llegó a la finca de Villalobos. El general dijo entonces:

—Hágame usted el favor de detener la mula, porque ya he llegado donde me proponía. Tome ese par de pesetas para que se beba unas copas por ahí, y sepa que ha venido usted hablando con el propio ministro de la Guerra.

El carrero se quedó estupefacto, porque nunca habría podido creer—apesar de lo oído respecto del modo de ser de Weyler—que un hombre con aquella indumentaria y aquel aspecto fuese el general de quien tanto se hablaba.

—Usted dispense—dijo después de unos momentos.

El ministro le pidió el nombre y las señas de su domicilio, y se dice que ahora está colocado el carrero, con buen sueldo, en la finca del ministro.

R.

## Fé en sí mismo

Ayer me decía un amigo, escritor, aunque joven, de firma ya acreditada, que tiene miedo a Madrid y miedo a los treinta años, edad a que va acercándose. Y con profunda melancolía comentaba el fenómeno, que notó don Antonio Cánovas, de que en España haya tantos jóvenes precoces que se malogran, tantas esperanzas que jamás se convierten en realidades, tantos chicos listos a los veinticinco años que a los treinta y cinco son unos badulaques. Y tronaba mi amigo contra Madrid, la gran charca de ranas, que achata y enerva el espíritu, que le adormece con las facilidades con que las recibe.

Hay que reconocer que el ambiente social madrileño no es hostil para el literato, el artista, el pensador, el político; es peor que hostil, porque es en el fondo indiferente. Se le acoge bien, se le festeja acaso, se le ofrece todo género de facilidades, pero muy luego echa de ver el infeliz que allí cae que casi nadie se interesa de verdad en su obra, y que allí no hallará verdadero aliento. Mil veces mejor, para el fuerte, al menos, un ámbito hostil.

Lo primero es tener fé en sí mismo, pero es cosa sabida que, salvo muy contadas excepciones, necesita el hombre para creer en sí mismo que los demás crean en él. Y hay ocasiones, y no pocas, en que nos convencemos de que los demás creen en nosotros antes por los ataques y censuras que no por los elogios y aplausos.

Una de las cosas que más nos apena y descorazona a los que tenemos la funesta manía de escribir para el público y que estamos poseídos de sed de renombre y ambición de gloria litera-

ria, es el que se conozca más nuestro nombre que nuestra obra. Aunque no sé decir si nos haría más el que nuestra obra se conociese más que nuestro nombre. ¡Misericordia de literatos!

La falta de fé en sí mismo; falta de fé unida a ambición, es lo que produce la roña más recordada y disolvente de nuestra república española de las letras: la envidia.

Pocas cosas más tristes que ese continuo fingir desprecio hacia aquello de que se carece, triste fingimiento que se ve en el que dice despreciar la forma externa ó el contenido conceptual, en el literato que habla con mentido desdén, no menos mentido, habla de la literatura. Es una roña horrible.

He conocido casos típicos y muy curiosos de falta de fé en sí mismo; pero entre todos ellos, unas de las cosas más salientes es el temor a la plancha, al encogerse ante la perspectiva del fracaso. Cosa terrible el rechazo del fracaso cumplido.

Pero hay algo más terrible aún, y es cuando, adquirido puesto y crédito, vemos que se recibe nuestra labor con el elogio obligado. Hay que temblar del epíteto; hay que ponerse en guardia y aislarse y vigorizar el espíritu cuando nos motejan de ilustre, insigne, docto, eximio, genial ó cualquier otro apodo por el estilo.

Y esa falta de fé en sí mismos que a tantos les falta, ¿cómo se la daremos? No lo sé, y menos con un público tan reservado, tan silencioso, tan retraído y tan escamón como el nuestro.

Estoy convencido de que nadie sabe para lo que sirve hasta que le ponen a ello. La gimnasia, más bien que darnos fuerzas nos da el conocimiento de aquellas de que disponemos. Y si se obligara a todos a hacer distintas cosas, acabarían por comprender que acaso sirven más para aquello de que se creían más incapaces.

El joven a que aludo al principio de estas líneas se lamentaba también de la falta de críticos que digan a uno para qué sirve y le guíen y orienten en su propia labor. Yo no sé si los críticos servirán para ello, pero el público, no sirve. El público se empeña muchas veces en llevarnos por los derroteros que peor se acomodan a nuestra marca, y el público ha pervertido a los más de los escritores y artistas fracasados. El público, es cosa sabida, guarda siempre de un escritor ó un artista la impresión primera que le produjo al presentarse ante él, y no tolera fácilmente que se meta a lírico el que se le presentó como épico, ó a dramaturgo aquel a quien conoce como novelista. Y el público, el contemporáneo, se entiende, se irrita contra el que se le escapa sin dejarse clasificar. No le gusta que le saquen de sus entendederas corrientes.

Gran fé, profunda fé en sí mismo hace falta para conquistar lo que Gounod llamaba una superposición de minorías, la posteridad, este sueño que persigue todo el que firma lo que hace. Y mayor es aún la fé que se necesita luchando en aquella charca donde la acogida es tan fácil, tan abierta, tan franca, donde el elogio está en la punta de los labios, pero donde reina la indiferencia y el cansancio.

MIGUEL DE UNAMUNO.

## Fragmento

Es preciso, hoy por hoy, contentarse con afirmar el problema social, haciendo penetrar la verdad y la realidad de los dolores de ciertas clases en la conciencia y en el corazón de aquéllos que aún se obstinan en considerarlos como pura creación de imaginaciones calenturientas; con poner a contribución en esta crisis suprema todos los elementos, todas las energías y todas las fuerzas de la sociedad, si el resultado ha de corresponder a lo grande de la empresa; y con llevar a cabo tan sólo aquellas reformas, cuya bondad ha sido reconocida por la ciencia y cuya necesidad y conveniencia son sentidas por los pueblos; que no son pocas las que, por encontrarse ya en este caso, sería político y conveniente realizar, si no fuera además justo y necesario.

Es imprescindible aceptar las condiciones de la época en que se vive, y por tanto, así sus ventajas como sus inconvenientes. La nuestra es una época crítica, y no ya como lo han sido otras de la historia, sino que la crisis de los tiempos actuales es total; abarca la vida por completo: industria, arte, moral, religión, derecho. Ahora bien; así como para el individuo es una necesidad en los conflictos de su existencia hacer alto en ciertos momentos para meditar y resolver, no lo es menos para los pueblos y para la humanidad, sobre todo en las crisis supremas como la presente, madurar en la esfera del pensamiento y animar en el sentimiento público los medios de resolver problemas que son verdaderamente pavorosos; y si alguien dijera que es cosa triste esperar padeciendo, le contestaríamos que la sociedad que por este motivo resolviera y obrara con precipitación, sería tan insensata como el enfermo impaciente que prefiriera medicarse a ton-tas y a locas a esperar a conocer su padecimiento antes de procurarse el remedio oportuno,

Y menos disculpable sería tal precipitación en estos momentos, en que la lucha de tantos egoísmos y de tantas pasiones parece amenazar con una de aquellas guerras de clases que, si tienen su explicación en tiempos pasados, serían hoy un absurdo y un crimen, contrario a las tendencias de la civilización moderna y a los principios sanos de la revolución; y cuando de otro lado, en medio de esta noche de angustias y temores, que origina el conflicto entre un mundo que nace y un mundo que muere, se vislumbran puntos brillantes que hacen abrir el pecho a la esperanza de que la humanidad, camina a encontrar la armonía entre principios, ideas y elementos de vida, que han venido riñendo hasta ahora ruda batalla; en el orden religioso, entre el racionalismo y el cristianismo; en el filosófico, entre el espiritualismo y el sensualismo, el empirismo y el panteísmo; en la esfera del arte, entre el realismo y el idealismo; en la económica, entre el capital y el trabajo; en la jurídica, entre la autoridad y la libertad, la tradición y el progreso; y en el problema social, en fin, entre la organización de los socialistas, la libertad de los economistas y la resignación de la Iglesia.

G. AZCÁRATE.

## De actualidad

En Francia continúan las medidas de rigor contra algunas órdenes religiosas de mujeres, que tratan de establecer escuelas clandestinas.

En Miono (Santander), una pareja de la guardia civil forzó la puerta del domicilio de Candido Linares y maltrataron a varios obreros que allí estaban reunidos.

Al anciano Juan Hoguiras le golpearon la cabeza con la culata de un fusil, hiriéndole.

Cometido este atropello, salieron a la carretera donde maltrataron a tres vecinos del mismo pueblo.

En la última sesión del Congreso, Weyler ha declarado que si no acabó la guerra de Cuba fue por que no le dieron tiempo.

Esta declaración actual del ministro de la Guerra está siendo muy comentada por entenderse que ha echado la responsabilidad sobre Sagasta.

El señor Sagasta ha dicho en las Cortes, tratando de la cuestión religiosa, que se hallaba agradecido a los afectos del Papa, y así como en lo espiritual los católicos acatamos y respetamos sus decisiones, en lo concerniente a la potestad civil estamos resueltos a mantener por cima de todo la soberanía del Estado.

El gobernador civil de Cádiz ha conferenciado extensamente con Moret, explicándole detalladamente la situación de la provincia, los sucesos de Jerez y gestiones que practicó para resolver el conflicto. Mostráronse reservados.

## OTRA NUEVA ESTACIÓN

Los trabajos que viene practicando la compañía de los ferrocarriles andaluces para edificar una estación definitiva, ha hecho que la compañía de Alcalá y Carmona se vea en la necesidad de construir otra estación para su servicio.

El lugar de emplazamiento será en la Enramadilla, lindando al N. con terrenos de don Jacobo Sanchez Bocanegra, al Este con la calle Campamento, al S. con terrenos de la carretera de Alcalá y a Poniente con la estación de San Bernardo.

La compañía tiene concertado en principio, con don Jacobo Sanchez Bocanegra, la adquisición de terrenos y casas que se necesitan, y falta solo que el Ayuntamiento conceda una faja de terreno que tiene cincuenta y cinco metros.

La nueva construcción se compondrá de varios edificios destinados a andenes, muelles, departamentos de viajeros, talleres y parque de material.

La obra puede considerarse que, bajo todos conceptos, será de gran utilidad pública, salvándose en ella el continuo retraso que hoy se nota en los trenes, y que, según la compañía, son debidos a las muchas maniobras que constantemente ejecutan los trenes de los Andaluces, impidiendo la salida de los de Alcalá y Carmona a las horas fijadas.

Bajo el punto de vista comercial, no hay para qué decir que es también importantísimo, y con especialidad para el desarrollo del barrio de San Bernardo, pues sabido es que estas clases de obras traen aparejadas las edificaciones de viviendas y almacenes de fácil arrendamiento.

Aparte del movimiento que esto supone, significa la obra de que se trata algo que entraña un interés mucho mayor, y es que había necesidad para ejecutar las obras de terraplenar todo aquel terreno, constituyendo, por consiguiente, una defensa contra las avenidas del Guadaira, que hacen desparecer el temor que hoy abrigan los habitantes de aquel barrio.

Con la nueva estación también variará el trazado de las líneas en el paso a nivel, convirtiéndose la curva en un ángulo recto.

El cerramiento de alambres que actualmente existe será sustituido por una tapia, quedando

aquel terreno más expedito para el público y desapareciendo el peligro de ser arrollado por los trenes.

## TEATROS

Estábamos en lo cierto al afirmar anteayer que tendría que ser modificado el programa de la función organizada en el teatro San Fernando a beneficio del Hospital de San Juan de Dios de esta población.

En efecto, la función se celebrará esta noche con arreglo al siguiente programa definitivo:

1.º Sinfonía.

2.º El drama en tres actos titulado: *De mala raza*, a cargo de la compañía dramática que dirige el señor Fuentes.

Y 3.º La zarzuela en un acto *El barbero de Sevilla*, desempeñado por los artistas cómico-líricos que actúan en el teatro Cervantes, bajo la dirección del señor Ortas.

Como se ve por el anterior programa, en dicha función no tomará parte, apesar de lo que en un principio se dijo, la compañía que actúa en el teatro del Duque.

Esto obedece, según nos dicen, a que los organizadores del festival benéfico se olvidaron de dar los debidos pasos de atención para consultar a la empresa del referido teatro, la cual, si es cierto lo que nos aseguran, se halla dispuesta a organizar en su teatro, y con su compañía, una función cuyos ingresos íntegros se destinan al mismo humanitario objeto que motiva la que hoy se celebrará en San Fernando.

Celebraríamos que una cuestión de etiqueta, que ha dado motivo al retraimiento de la empresa del Duque en la función benéfica de esta noche, quitando al espectáculo alguna variedad y atractivo, redundara en beneficio del humanitario proyecto, pues de ser el pensamiento de la empresa del teatro del Duque el que dejamos indicado, aumentarían considerablemente los fondos destinados a construir salas de distinguidos en el mencionado Hospital.

De todos modos, el objeto benéfico de la fiesta organizada en el teatro San Fernando, y el indiscutible merito de los artistas, a cuyo cargo se encuentra el espectáculo, hacen suponer que el amplio coliseo de la calle de Tetuán se verá esta noche completamente lleno, respondiendo así el público sevillano a sus nobles y caritativas tradiciones.

Anoche dióse en el teatro San Fernando la quinta representación del popular drama *Don Juan Tenorio*.

Las localidades destinadas a la *crème social* estaban casi desiertas, no así las dos gradas que se hallaban rebosando de público.

El señor Fuentes y sus compañeros de armas y fatigas cosecharon muchos y mercedios aplausos en las escenas culminantes del drama de Zorrilla.

El teatro Cervantes se vió anoche completamente lleno en todas las secciones, especialmente en la segunda, en que se puso en escena la lindísima zarzuela en un acto *La manta samorana*, y en la tercera, que fué doble y compuesta del estreno de la humorada cómica-lírica titulada *San Juan de Luz* y del juguete cómico-lírico *Caramelo*.

En *La diva*, que fué la obra de la primera sección y en *La manta samorana*, lució la señorita Carmen Domingo sus excepcionales dotes de cantante, mereciendo ser ovacionada como lo fué, en ambas obras, en la segunda de las cuales fueron muy aplaudidos también la señorita Pueyo, que hizo un *jobobeta* muy discreto y los señores Suárez, Ortas (hijo), Valle, Ceballos y Puerta.

De la obra *San Juan de Luz*, como producción dramática no diremos más sino que si los autores se propusieron solamente confeccionar una *humorada cómica lírica*, como dicen, para hacer reír y distraer agradablemente al público durante una hora, lo consiguen de un modo admirable, pues en dicha obra hay situaciones verdaderamente cómicas, de que supieron sacar gran partido los señores Ortas, padre é hijo y cada vez más aplaudida triple cómica, señores Matrás, que en unión de las señoritas Domingo (M.) y Pueyo y la señora Peris, interpretaron de modo magistral los principales papeles de la obra.

La música de ésta es juguetona y alegre y al hablar de música, debemos hacer mención del maestro Bauzá, que dirigió la orquesta con acierto é inteligencia con que él sabe hacerla.

La señora Matrás se convenciera anoche que no eran fundados sus recelos, respecto al concepto que había merecido al público sevillano.